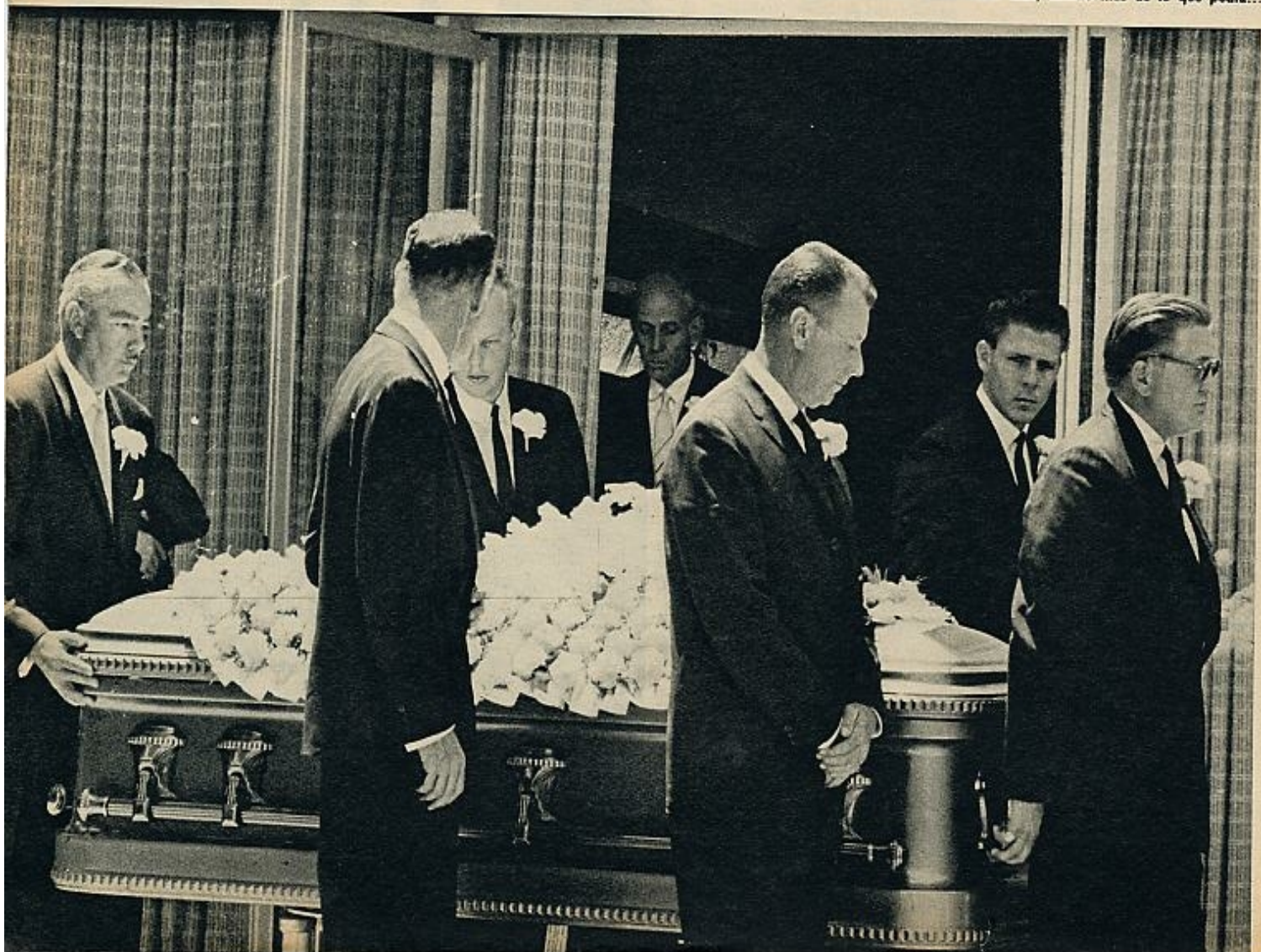




DESPUES DE LA CAIDA...

CONFESIONES DE LA SEÑORA MILLER

Arriba, Marilyn y Miller en los días felices. «Lo extraordinario de ella —diría él después del divorcio— es que tiene el aire de descubrirlo todo por primera vez.» Marilyn fue, quizá, más allá de las previsiones de Miller y un día cayó bajo una dosis excesiva de barbitúricos. Quiso saber más, mucho más de lo que podía...





Arthur Miller ha querido rehacer su vida. Olvidar a Marilyn como fuera. Inge Morath, una fotógrafa de prensa, ha sido el remedio de sus recuerdos. «Después de la caída», su última comedia, es una auténtica confesión, que no deja de ser, a juicio de muchos, una impudicia. Miller ha llegado muy lejos...

SIGUE



UNO de los aspectos más sugestivos de la nueva obra de Arthur Miller, «Después de la caída», es su carácter semi-autobiográfico. El drama es, fundamentalmente, la confesión en voz alta de Quentin, el protagonista. Al iniciarse la obra, éste se adelanta hasta las cartilejas, se presenta y, dirigiéndose al auditorio, comienza a hablar como si lo hiciera con un amigo íntimo. Aunque en la obra Quentin sea un abogado, su personalidad, como han advertido muchos, es indudablemente la de un escritor, y su vida, en muchos aspectos, corre paralela a la de Arthur Miller. Además, las mujeres que intervienen en la pieza parecen tomar como modelos a mujeres que han existido realmente en la vida del autor: Maggie, la segunda esposa de Quentin, viene a representar a Marilyn Monroe, que, en realidad, fue la segunda esposa de Miller, aunque se nos presente a Maggie bajo los rasgos de una popular cantante y no de una estrella de cine. Igualmente, Helga, caracterizada como una muchacha alemana culta, es la contrafigura de Inge Morath, la actual esposa del dramaturgo, nacida en Austria y fotógrafo de una de las más importantes agencias de prensa americanas.

«Después de la caída» describe las oscilaciones emocionales y la lenta desintegración de un prestigioso abogado. Cuando se adelanta para dirigirse al auditorio, el escenario se convierte en una rememoración, tanto de su vida pasada como de sus sueños actuales, de sus preocupaciones y dudas. El auditorio conoce el fracaso de su primer matrimonio y, más tarde, sus relaciones y consiguiente unión con Maggie, una popular cantante, apasionada, que no ha llegado a la madurez, y neurótica. El es incapaz de aliviar la desesperación de su mujer, por lo que ésta se hace adicta a los somníferos y al alcohol y, pese a los esfuerzos del marido, intenta suicidarse. La propia desesperación total de Quentin encuentra remedio en la nueva atracción que experimenta hacia una chica alemana, cuyo sentido es más fuerte que su pasión. Quentin descubre que la madurez de Helga tiene un doble origen: haber afirmado su propia personalidad triunfando en una carrera intelectual y haber sobrevivido a la destrucción causada por la guerra en la sociedad europea.

El tema de la parálisis emocional de Quentin se ve ilustrado y enriquecido por una serie de acciones secundarias: relaciones con su familia y con sus amigos; dos de estos últimos son perseguidos por el Comité de Actividades Antiamericanas acusados de conductas y comportamientos «radicales» durante su juventud. Uno de ellos opta por colaborar con el Comité para conservar su elevada posición en la comunidad, en tanto que el otro se ve impulsado al suicidio. Ninguno de los dos —pretende decir la obra— ha hecho frente a la amenaza real. El nudo temático de la pieza se refiere al poder redentor del amor y, a este respecto, Miller opina que el amor por sí solo no puede liberar a la existencia humana de una gran variedad de peligros y que la fortaleza auténtica se deriva de una gran riqueza intelectual que sustentará la verdadera madurez y equilibrio humanos.

A tal estado de cosas nos conducirá Miller a través del comportamiento de Quentin. No han faltado críticos que hayan señalado —al observar ese mimetismo autor-personaje— el parentesco de «Después de la caída» con el film «Fellini, ocho y medio», por ese afán autobiográfico que pretende liberarse de problemas obsesivos y que trata, por medio de la confesión, de desembarazarse de los obstáculos del pasado para encontrar una dirección enteramente nueva. Pero no hay que buscar parentescos con obras de otros autores: en el mismo Miller hallaremos la primera pista de esta tendencia autobiográfica y expiatoria. Un guión cinematográfico, «The Misfits», venía a romper un silencio de hacía varios años. Desde «Panorama desde el puente», Miller no se había enfrentado con el público. El guión de ese film, que dirigió John Huston, tenía como protagonista a Marilyn Monroe. Miller se debatía entre la glorificación de la vitalidad y la búsqueda de coartadas que justificasen la falta de inteligencia. En definitiva, Miller trataba de justificarse, de explicar su relación con Marilyn, de presentar pruebas de su «inocencia». Pero en «Después de la caída», Miller supera todas las previsiones. Ha habido críticos que han hablado de «absoluta impudicia». Otros han escrito que se trata de un «esfuerzo de lucidez y humildad». En lo que unos y otros están de acuerdo es en que Miller ha aireado su vida privada y ha especulado con el mito Marilyn.

Es significativo un personaje que parece fugazmente en la obra: se trata de una muchacha, Felice, dispuesta a ofrecerle lo que Maggie pretendió: un amor totalmente absorbente. En los momentos clave de la pieza, los focos iluminan a Felice, queriendo indicar que su ofrecimiento cruza por la mente de Quentin. Al final del drama, cuando el protagonista se plantea una unión duradera con Helga, la imagen de Felice pasa muy brevemente por su recuerdo, desvaneciéndose en seguida. Es decir, Felice está dispuesta a adorarlo completamente; pero él rechaza este tipo de adulación infantil y también el poder que proviene de verse completamente adorado, poder que Maggie le proporcionó antes. En su lugar reconoce que en esta aceptación no hay salvación; a menos que uno comprenda los instintos peligrosos que alientan en el interior de sí mismo, a menos que se niegue a que los otros se los oculten, terminarán en un desastre, pues siempre exigirá más de otras personas de lo que éstas puedan darle... A este respecto, son reveladoras las palabras que Miller pronunció después de su divorcio de Marilyn: «Lo extraordinario de ella es que tiene el aire de descubrirlo todo por primera vez. Es un don maravilloso, pero también una fuente de sufrimientos. En general, las personas prefieren rodearse de tedio y de conformismo para protegerse mejor de la fatiga que supone tener que renovar sus puntos de vista. Ella no se había nunca y nunca se deja ganar por la rutina. Ser así resulta agobiante, porque si con ello uno experimenta auténticas emociones, reacciones personales y no convencionales, ha de estar metido en la vida hasta el cuello...»



¿Qué era Marilyn? Para Arthur Miller, una mujer «que estaba metida en la vida hasta el cuello». Un hombre como él debió vivir con una criatura así como el que tiene un ratón de laboratorio a su lado. En el fondo, la Monroe fue, sin duda, el experimento más apasionante que puede encontrar un escritor en su camino. Para ella, la aventura colmó su medida. Un día, apagó la luz y se dejó morir.

Inge (helga) morath

Pero si Quentin es Arthur Miller y Marilyn en el escenario toma los rasgos de Maggie, el personaje de Helga es la contrafigura de Inge Morath, la actual esposa del dramaturgo. Le preguntamos qué experimenta al verse retratada en el drama: «Básicamente soy yo y, sin embargo, el personaje no responde en muchos momentos a mi manera de ser. El método del escritor transforma las cosas, y como resultado aparece más la persona que aquél que tiene en su imaginación que uno mismo.»

Miss Morath es fotógrafo de prensa y aparte de su extenso trabajo para revistas ha publicado algunos libros de fotografías: «Contemplando Venecia», con texto de Mary McCarthy; «Túnez», «Persia», «Visita a los pueblos olvidados», con texto de Yul Brynner, sobre los exilados sin hogar, y algunos libros sobre las fiestas españolas y las corridas de toros. Comparando su trabajo con el de su marido, Inge Morath opina: «Al hacer una fotografía trato de grabar un momento captando todos los detalles importantes. Por el contrario, Arthur, para organizar el todo, capta algunos aspectos fundamentales de la personalidad y los desarrolla formando un personaje. La fuerza de este personaje descansa en la combinación adecuada y en el énfasis de los detalles verdaderos.»

Miss Morath insiste en que «a menos que se sea egoísta, tiene que verse la obra de modo objetivo. Yo tuve la suerte de ver cómo iba surgiendo la pieza día a día. Cada noche, Arthur me leía lo que había escrito durante la jornada, y así pude comprobar cómo iba naciendo el carácter de Helga. Nunca le pregunté por su origen, pero, por supuesto, comprendí desde el primer momento en quién se había basado. No me importaba. Tengo demasiado respeto hacia el trabajo de Arthur y no he tratado nunca de meterme en lo que estaba haciendo. Desde el primer momento pensé que si él necesitaba algo mío para ese drama podría hacer lo que quisiera. Yo lo aceptaba todo de antemano.»

Aparte de asistir como esposa-espectadora al nacimiento y desarrollo de la obra, Inge Morath ha trabajado en ella, en cuanto se ha **SIGUE**





Esta escena familiar —papá Miller, mamá Inge, Rebeca y la «nurse» española que cuida de la pequeña— se ha desarrollado durante el reciente viaje a París del autor de «Después de la caída». Miller aprovechó los ratos libres que le dejaron sus conversaciones con los empresarios teatrales franceses, para pasear con su mujer y su hija como un «petit bourgeois» cualquiera. Arthur Miller parece haber dado un viraje fundamental a su vida.



Algo distinto

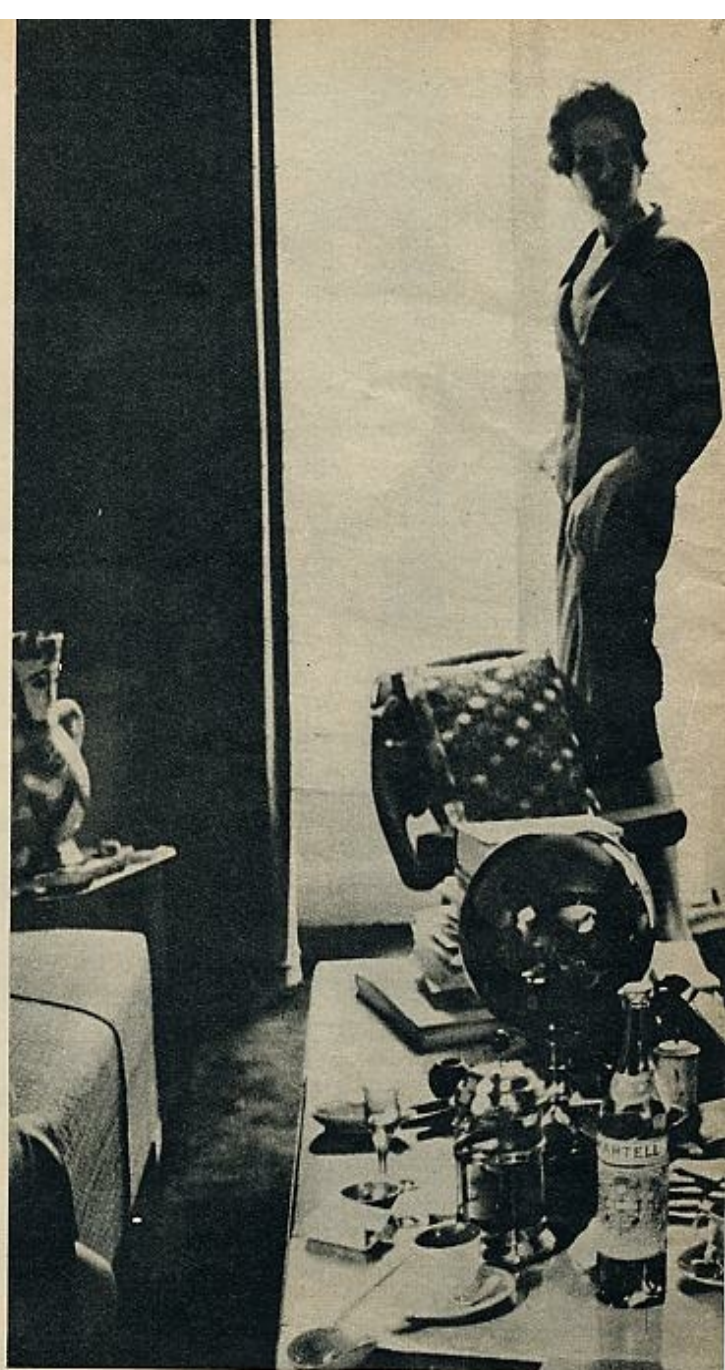


LEGRAIN

parfumeur

PARIS

FRANCE



Los Miller en su casa de Connecticut. En el silencio del campo puede entregarse

responsabilizado de realizar todo el servicio fotográfico desde el día que comenzaron los ensayos hasta que se levantó el telón el día del estreno. Miss Morath piensa publicar este diario fotográfico junto con las notas de Miller en forma de libro. Pero, a pesar de haber seguido paso a paso la creación de la obra, se siente sorprendida de la variación efectuada desde que los personajes han cobrado vez en el escenario: «Las actores, en la interpretación, tienden a crear su propia identidad, tal como yo los conozco ahora; por ello, el Quentin de Jason Robards jr. es para mí más real que el personaje del texto original.» Pero de esta transformación es también responsable Elia Kazan, el director de la representación: «Arthur y Elia se adaptan idealmente el uno al otro para trabajar en colaboración. Sus instintos se complementan del modo más adecuado. Es una clase de estrecha colaboración que se necesitaba especialmente en este drama, dado su carácter particularmente delicado e íntimo para Arthur. Todo debía ser exacto y cada movimiento ejecutado con enorme precisión. Hay muchos efectos visuales en la obra, y Kazan sabe lograr esos efectos con gran belleza. Es fantástica la manera que tiene de mover las cosas. Es un genio como director y, además, un hombre trabajador y dedicado a su profesión: Arthur y él trabajaban hasta dieciséis o dieciocho horas diarias.»

Por su parte, la esposa del dramaturgo tiene su visión particular del alcance de «Después de la caída»: «Casi todas las personas que aparecen en la pieza sufren un temor y se niegan a aceptar que el origen de sus temores, de sus odios y de su inseguridad está dentro de ellos mismos. Tratan de hallar una razón ajena, y al hacerlo así se engañan. Arthur quiere decir con esto —supongo— que una profundización interior puede ayudarnos a afrontar mejor los problemas de la vida.»

En la obra hay un reconocimiento de la limitación sustancial del amor; esta conclusión provoca una especie de sentimiento trágico, necesario para que el hombre se enfrente firmemente con la realidad. En definitiva, sólo re-



Arthur Miller sin interrupciones a su trabajo. El piso de Nueva York sólo lo abre durante los ensayos de sus obras. Cuando todo está en marcha en Broadway regresa a la finca.

conociendo sus temores e ilusiones más hondas puede tratar el hombre de vencer sus aflicciones.

Sobre sus aficiones literarias, la señora Miller manifiesta: «Para mí, Shakespeare es el mejor dramaturgo. Asistir a una representación de cualquiera de sus obras nos proporciona un placer abrumador. Me ha gustado su teatro desde que lo ví por vez primera en alemán. Por supuesto, ahora lo encuentro todavía mejor en inglés. También Goethe es para mí importante. De los clásicos franceses prefiero a Corneille y a Molière. Entre los modernos me gusta Brecht, especialmente «Madre Coraje» y «El buen alma de Setzuán». «Esperando a Godot», de Beckett, lo he visto en casi todas las ciudades en que he estado. También me gusta «Las sillas», de Ionesco. La primera vez que ví teatro norteamericano después de la guerra, era «El zoo de cristal», de Tennessee Williams. Y en París conocía una obra de Arthur: «Las brujas de Salem». La protagonista era Simone Signoret. Fue un éxito fantástico; hay que tener en cuenta que los franceses odiaban realmente al senador McCarthy...» (1).

A veces, ser la esposa de un dramaturgo presenta ciertos inconvenientes: «Si está escribiendo una obra, es como un «ménage à trois»; algunas veces una es la amante y la pieza es la esposa. Otras veces los papeles se invierten. Con frecuencia esto resulta muy difícil; pero la vida con una persona dedi-

cada a un trabajo creador debe ser así. Por otra parte, Arthur escribe solamente en el campo. Desde luego, tenemos un piso en Nueva York, pero sólo lo utilizamos cuando Arthur tiene que ensayar o hacer alguna cosa. Normalmente solemos estar en nuestra casa de campo de Connecticut la mayor parte del tiempo. Tenemos allí una granja maravillosa y un vivero con gran número de árboles raros bellísimos. Pescamos también truchas en el lago, cortamos madera y trabajamos los campos. Antes teníamos un caballo, pero ninguno de los dos cabalgaba mucho. Arthur es un carpintero de primera y me construyó un cuarto oscuro para la fotografía. Cuando él trabaja en una obra yo me entretengo en el laboratorio. Algunas veces me acerco a la ciudad para realizar algún encargo fotográfico, pero estos trabajos escasean cada vez más: verdaderamente es demasiado agradable la vida en el campo para pensar en abandonar nuestra granja. Además, tengo una niña de quince meses a la que dedico mucha atención. Se llama Rebecca.»

Con todo el esfuerzo que ha requerido la creación, preparación, ensayo y estreno de una obra como «Después de la caída», el matrimonio Miller ha planeado unas largas vacaciones. Porque la contribución de Inge Morath ha sido importante: aparte de realizar todo el diario fotográfico, se encargó de hacer la mayoría de las fotos fijas de la obra que aparecen en los periódicos y revistas y que, ampliadas, han sido colocadas en el vestíbulo del Teatro Anta.

«Estaremos en Europa durante dos meses —ha explicado Inge—. Le enseñaré a Arthur el Viejo Continente a cambio de lo que él me ha enseñado de Norteamérica, y además quiero que Rebecca conozca a sus abuelos y bisabuelos. Estoy terminando un libro sobre el puente de Brooklyn para una editorial francesa; Arthur escribirá el texto. En la primavera regresaremos a Connecticut, y Arthur comenzará a trabajar en su próxima pieza.»—RICHARD KOSTELANETZ.

(Fotos MAGNUN-ZARDOYA)

(1) «Las brujas de Salem», ambientada en el siglo XVIII en la puritana Nueva Inglaterra era, en realidad, una obra simbólica que fustigaba un período de la historia americana contemporánea: el que se ha llamado «la caza de brujas». El senador MacCarthy, al frente de la Comisión de Actividades Antiamericanas, se dedicó a perseguir a todo sospechoso de ideas progresistas. Fue un turbio período en el que numerosos intelectuales, escritores y cineastas tuvieron que renunciar a su trabajo, refugiarse en el anonimato, desaparecer para escapar a las implacables represiones. Otros optaron por exiliarse y algunos eligieron el camino de la delación para supervivir: tal fue el caso de Ella Kazen.